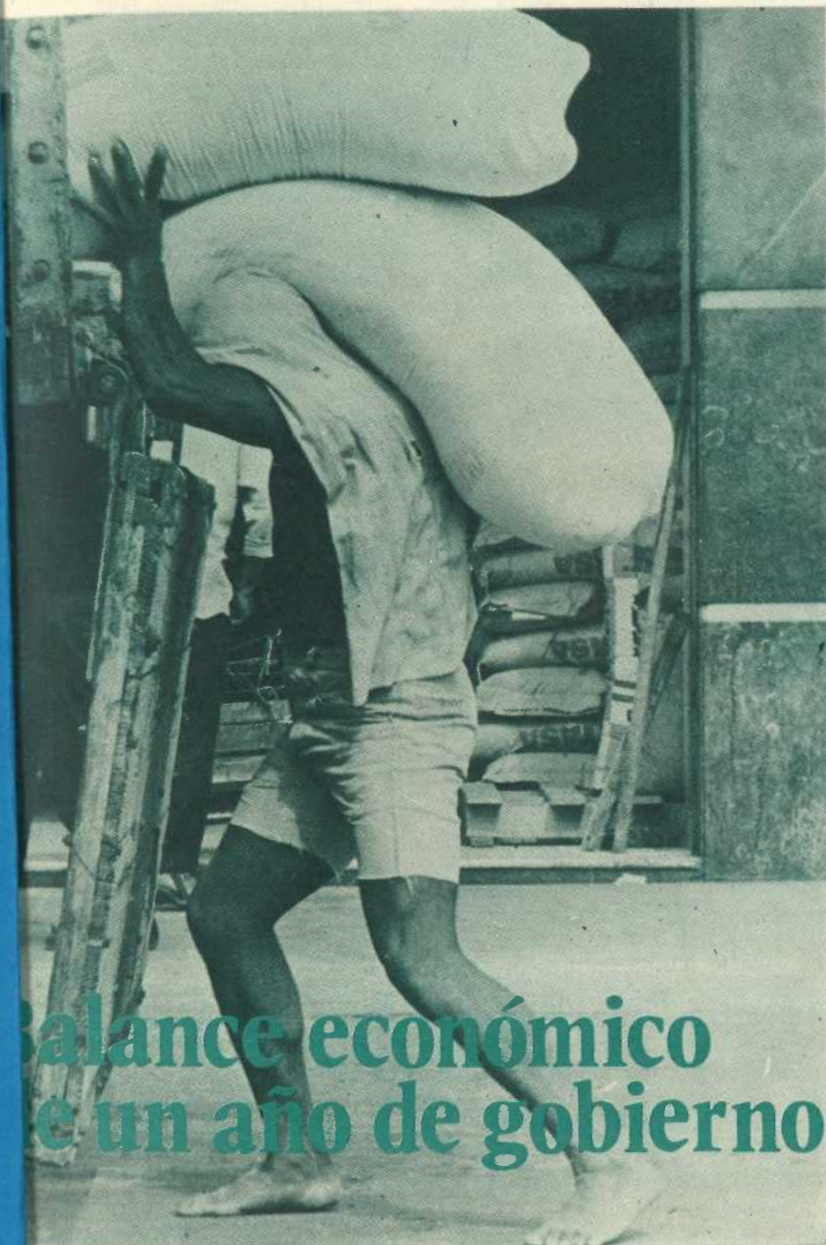


PAGINAS

Centro de Estudios y Publicaciones — CEP — Vol. VI — No. 39 — Agosto 1981

S/. 300

Nº 39
KASIL: CEB-IV Encuentro
Iglesia: pueblo oprimido que
se organiza para la liberación



Iglesia y mundo obrero



Balace económico
e un año de gobierno

TORTURAS en el Perú
denuncia la Iglesia



Jorge Alvarez Calderón

Reflexiones sobre Iglesia y Movimiento obrero en el Perú

Retos que se plantean a la Iglesia en un camino empezado pero aún por recorrer. Encuentro con el movimiento obrero y su potencialidad evangelizadora. Tarea de enriquecer con el mensaje de Cristo la lucha histórica por la justicia.

En las últimas décadas el proceso de fortalecimiento y desarrollo del movimiento obrero peruano ha correspondido con la renovación de la iglesia dinamizada por el Concilio Vaticano II y la Conferencia Episcopal de Medellín. Esto ha permitido una relación mutua en nuevos términos, incipiente aún, pero que es preciso captar en vistas a entrever mejor las exigencias de la tarea evangelizadora en el mundo obrero.

Se trata de un fenómeno nuevo en nuestro país. En efecto, los inicios del movimiento obrero organizado a principios de este siglo no encontraron cercana a la iglesia peruana: la ubicación y problemática de ésta, la hacían relativa-

mente ajena a las heroicas luchas de nuestro joven y valiente proletariado. A pesar de que la masa obrera se conservaba predominantemente creyente, debemos sin embargo decir que el segmento más organizado, lúcido y activo de la clase obrera se constituye, no necesariamente contra, pero sí al margen de lo cristiano. Hoy día hay sin embargo hechos y elementos nuevos, gérmenes de un mutuo enriquecimiento.

El propósito de este artículo es presentar desde una práctica pastoral y a título de hipótesis una forma de comprender el itinerario que va permitiendo esta relación nueva y proponer a partir de ello algunos criterios de avance en esa línea.

UN NUEVO MOMENTO HISTORICO

El movimiento de renovación eclesial

El siglo XIX europeo, marcado por fuertes conmociones sociales, cambios, desgarramientos, propios del nacimiento de una nueva época, fue particularmente difícil —y purificador— para la iglesia. Los condicionamientos históricos concretos en los cuales ella se encontraba, no le permitían comprender —salvo aisladas excepciones— el fenómeno del mundo moderno; menos aún el del naciente proletariado y las causas de su opresiva miseria. Por ello mismo, pero también por la visión positivista, anti-religiosa y anti-clerical bastante generalizada en la época, la clase obrera nace en buena parte lejos y opuesta a la influencia de la iglesia (1). Esta experiencia marca prácticamente desde sus inicios a la dirigencia obrera peruana.

Poco a poco, sin embargo, se va gestando una corriente, dentro de los cristianos, de comprensión creciente, tanto de la modernidad como de la injusticia del capitalismo y la exigencia de construir un orden nuevo más humano. En esto que a nuestro tema se refiere, las encíclicas desde León XIII recogen estas inquietudes y permiten que avancen los sectores cristianos más conscientes y abiertos a la problemática de su época.

En ese proceso en curso, y que se manifestaba a muy distintos niveles, Juan XXIII y el Concilio significaron un paso decisivo en la medida en que dieron criterios eclesiológicos para situarse positivamente en el momento histórico. El Concilio dio un contexto de búsqueda, de apertura. Incentivó la creatividad.

En el Perú tuvo rápidas repercusiones. En diferentes instancias se organizaron jornadas de revisión, estudio, replanteamientos pastorales. El laicado, que desde los años 20 venía madurando, y que a través de la Acción Católica logró una presencia cualitativa en la vida de la iglesia peruana, se proyecta en términos más amplios ante el descubrimiento de la miseria masiva, la experiencia intensa de los cambios sociales y los desafíos políticos de las décadas del 50 y 60. Son, en efecto, esos años donde toma fuerza también en nuestra patria la conciencia de la necesidad de un cambio social radical para hacer posible la justicia. Es ése el contexto en el que se asimilará el Concilio en América Latina y se prepara Medellín (2).

2.- El impacto de la pobreza.

En forma concomitante, desde fines de los años 50 había empezado a llegar a nuestro país un contingente importante de sacerdotes y religiosos extranjeros.

“A pesar de que la masa obrera se conservaba predominantemente creyente, debemos sin embargo decir que el segmento más organizado, lúcido y activo se constituye no necesariamente en contra, pero sí al margen de lo cristiano.”

Respondían al llamado hecho por Pío XII a las iglesias del mundo desarrollado para que vinieran a colaborar en los países latinoamericanos carentes de sacerdotes.

Su venida significó en concreto un acercamiento nuevo del clero y la Jerarquía a los sectores populares. Porque en efecto, los lugares sin atención religiosa, donde se necesitaba sus servicios, eran precisamente éstos: el campesinado pobre, los centros mineros y las barriadas.

Estas últimas estaban aún en proceso de asentamiento. Ahí se aglomeraban miles de emigrados del campo. Venían en busca de mejores condiciones de vida a ciudades como Lima y Arequipa o creaban prácticamente, como en Chimbote, un núcleo urbano alrededor de la industria pesquera naciente.

Los nuevos equipos pastorales encuentran la cruda realidad —miseria, abandono, lucha diaria por la supervivencia— que los cuestiona y sensibiliza. En ese medio desarrollan una intensa y generosa actividad de evangelización y servicios, en general sin suficientes criterios de acción por carecer de elementos para interpretar las causas estructurales de la situación. Esos fueron sin embargo los inicios de un nuevo signo eclesial en medio de las clases populares que hizo a la iglesia más cercana, servidora, atenta a los problemas diarios de su vida.

En ese contexto surgen cuestionamientos pastorales que llevan a diferentes grupos a reunirse: inicios de una pas-

toral popular compartida y en búsqueda de criterios comunes de presencia y acción (3). La dimensión obrera, propiamente dicha, salvo en pequeños grupos de movimientos especializados, no estaba presente como preocupación prioritaria, debido a que los equipos insertos principalmente en parroquias, vivían sobre todo la problemática barrial.

3.- El movimiento obrero de los 60.

Mientras tanto el movimiento obrero estaba en proceso de consolidación (4). Crecía en número: fue la época en que grandes minas como Toquepala y Marcóna entran en la producción, fueron años del boom pesquero que transformó Chimbote y otros puertos del país y que dio ocupación, entre pescadores y obreros de planta, a unas 30,000 personas. En Lima, a nivel fabril se concentraba el 60 o/o de los 200,000 obreros manufactureros. A su vez el movimiento sindical crecía cuantitativamente. Los sindicatos duplican en número entre 1955 y 1961 y siguen aumentando en los años siguientes. A la par con este crecimiento numérico, se gesta dentro de la clase obrera un proceso difícil para conquistar la autonomía de su central sindical dejando de lado las orientaciones que la subordinaban sin dignidad a intereses opuestos. Ya desde el año 1962 surge el “Comité de reorganización y unificación sindical de la CTP” como una de las expresiones de esa pugna interna. En 1965 se dará un paso más con la crea-

Los equipos pastorales descubren la cruda realidad de la miseria.





La Iglesia percibe la situación violenta a la que están sometidos los pobres.

ción del "Comité de Defensa y Unificación Sindical" (CDUS) que prepararía el nacimiento de la futura CGTP.

4.- 1968.

Este año es muy intenso. En él confluyen varios elementos que marcarán toda la década siguiente. A nivel obrero, la crisis económica del 67 da las condiciones para que finalmente se logre organizar la CGTP (1968); federaciones independientes como la de Pescadores y la de Mineros encuentran también caminos de mayor autonomía. El movimiento obrero madura en claridad, organización y fidelidad a sus intereses.

Por otro lado, la corrupción e inoperancia del régimen, la miseria y combatividad crecientes de las clases populares profundizan el cuestionamiento y la reflexión teológica y pastoral de los sectores del clero en contacto con la pobreza. Empiezan a descubrir la causa estructural de los problemas y por ende la necesidad de revisar las formas de presencia, los criterios de acción eclesial para responder mejor a la realidad. Dentro de esa línea de preocupaciones nacerá por ejemplo el Movimiento Sacerdotal ONIS en marzo de 1968.

La conferencia de Medellín tendrá lugar a fines de agosto. La voz profética de los obispos recoge con acierto las inquietudes más saltantes de la época sobre la realidad latinoamericana y da los criterios para una encarnación más lúcida de la iglesia en un mundo marcado

por la injusticia. Fueron palabras que dinamizaron a una iglesia ya motivada por el Concilio y cuestionada por la realidad. Ante tantos elementos nuevos e inéditos, el episcopado peruano ve la necesidad de reunirse para implementar Medellín. A este efecto, en enero de 1969, tendrá lugar la 36ª Conferencia episcopal peruana que fue un verdadero impulso a la vida eclesial.

Por otro lado, en el Perú, a principios de octubre tiene lugar el golpe militar que inicia la etapa de "cambios estructurales" de la "Primera Fase".

II. LOS AÑOS 70 : PRIMEROS PASOS

Aquí marcamos dos momentos: a nivel peruano, el período que va del 70-75 de creciente maduración y combatividad del proletariado y la época del 76-80, años de las crisis, de los paros, de las grandes movilizaciones populares.

1.- Gestos de solidaridad.

En los años 70-75 se observa una nueva vitalidad a nivel sindical. Hay un despertar en la masa obrera, donde la sindicalización sigue aumentando significativamente. El movimiento huelguístico fue intenso, creciente, abocado, sobre todo en lo reivindicativo, a recuperar el poder adquisitivo perdido en los años del fin del régimen belaudista. El contexto político, las reformas, como la Comunidad Industrial, realizadas por el gobierno, favorecen este nuevo desarrollo

de la clase obrera, la cual tiene ya una central como la CGTP, que en esos años logra encauzar buena parte de sus luchas. Pronto sin embargo habrá que enfrentar nuevos problemas, como son el despido y el cierre de fábricas, debido al proceso de modernización y concentración de industrias que lleva a luchas más duras en defensa del derecho al trabajo.

La iglesia, ya más cercana al pueblo por el proceso indicado más arriba, no tardará en ser solicitada por sindicatos combativos enfrentados a serias dificultades. Tal es el caso por ejemplo, en Lima, de sindicatos como el de Texorc (confecciones), Fénix (galletas) y Mayólica Nacional que, ante la amenaza de despido masivo, toman la iniciativa de ocupar templos como medio de publicitar su causa (1970). El fenómeno era inusitado en nuestro medio y creó desconcierto tanto en los niveles clericales como entre los fieles relacionados con las parroquias en cuestión. Sin embargo, viéndolo bien, no era sino el resultado normal, tanto de una clase obrera que se hacía más presente en la sociedad como de una iglesia que, al acercarse al mundo de los pobres, tenía que encontrar la situación violenta a la que están sometidos. Como consecuencia, era necesario mostrar en los hechos coherencia con las opciones tomadas. Era el momento de mostrar solidaridad como exigencia de caridad.

Hechos similares ocurrieron durante esos años en diferentes lugares del país. La iglesia ayudará a muchos sindicatos en dificultad, sobre todo aquellos que pasaban por situaciones límite, cuya causa era casi desesperada. Al defender a los más desfavorecidos se constituye poco a poco en "voz de los sin voz", o mejor dicho, en voz de aquellos a quienes la sociedad no quiere escuchar.

Gestos como los mencionados, acompañados de documentos como "Justicia en el mundo" del Episcopado (1971) y de diferentes pronunciamientos de grupos de cristianos sobre problemas de la realidad, contribuyeron a que la iglesia se hiciera más presente en la vida y problemática obrera.

2.- La acción de las comunidades cristianas.

Los últimos años (76-80) del régimen militar, con el deterioro causado por la profunda crisis económica, hacen que las clases populares expresen masivamente su descontento a lo largo y ancho del país. Fue la etapa de intensa movilización popular; la época de los grandes paros nacionales convocados por la CGTP y las federaciones independientes. Pero fue también época de mucho sufrimiento, con despidos masivos como el de los obreros del sector pesca (1976).

Ese año empiezan también despidos selectivos de dirigentes en fábricas pequeñas. Este tipo de medida alcanzará una magnitud mayor con el Decreto Supremo 010-77 que permitió el descabezamiento de prácticamente toda la dirigencia sindical.

Durante esa década, la clase obrera había crecido en número y organización a pesar de tener serios problemas en cuanto a su dirección y centralización. No es excesivamente numerosa, apenas un 10 o/o de la población económicamente activa, pero es la productora del mayor excedente económico nacional. Es por lo tanto una fuerza real, con la característica de estar íntimamente ligada a la problemática barrial (5). Eso hace que en los últimos años el desarrollo de la conciencia obrera y su combatividad marque la vida barrial. Los hechos mismos lo confirman. En los paros y movilizaciones populares a partir del 77 se manifiesta una articulación sumamente fecunda entre el núcleo de los asalariados y la masa pobre del país. El movimiento obrero en estos últimos años de crisis económica, a pesar de sus debilidades objetivas, ha tenido varias veces una fuerza de convocatoria popular de dimensión nacional.

La Iglesia en el transcurso de estos años, sobre todo a través de su inserción en los Pueblos Jóvenes y de un paciente y prolongado trabajo pastoral, ha logrado formar núcleos cristianos entre los pobladores. Ahí se empieza a gestar una rica vivencia eclesial a partir de la fe de los pobres en las condiciones concretas de su vida: sufrimiento y lucha por sus derechos. Ya no se trata sólo de una iglesia que se acerca al pueblo o de una clase obrera que se acerca a la institución eclesial, exteriores la una a la otra. Es una iglesia que empieza a enriquecerse con la presencia en ella de subempleados y obreros que se despiertan a una fe activa y comprometida. Y es así como a través de sus mismos miembros se ve involucrada en varias de las intensas jornadas de esos años.

Demos dos ejemplos para ilustrarlo: la huelga de Nylon y el problema de Cromotex. La primera tuvo lugar en 1976. Larga y dura huelga que por la justicia del reclamo despertó la solidaridad de toda la población de Vitarte. Sucede que varios obreros y dirigentes sindicales eran a la vez miembros de la co-

munidad parroquial, que otros cristianos sin ser obreros en esa empresa, eran moradores del lugar y vivían como suyos los problemas de Nylon. La parroquia por lo tanto, por su misma composición social, no podía dejar de quedar involucrada y tomar posición y así lo hizo, lo mismo que el Cardenal que en esos días hizo visita pastoral al lugar. Aquí, la voz de la Iglesia, inclusive en sus niveles más altos, surgía desde la vida misma de sus cristianos. Tres años después, en la misma carretera central de Lima tuvo lugar el drama de los obreros de Cromotex, donde por una tan desproporcionada como injusta agresión, 6 obreros caen muertos, y hubo muchos heridos y presos. Un guardia civil también murió en la refriega (6). La solidaridad eclesial en este caso vino a partir de parroquias situadas incluso a extremos opuestos de la ciudad, pero donde varios de los agraviados eran conocidos como vecinos. Desde grupos cristianos muy distantes entre sí se fue creando una vasta corriente de solidaridad popular que se extendió por los diferentes "conos" de Lima. El Arzobispado también asumió el problema, intercedió de diversas maneras ejerciendo una importante labor de mediación. Movimiento fraterno que no se explica sino por la presencia activa de los cristianos del pueblo en la iglesia. Ejemplos parecidos podrían darse en diferentes lugares del país.

Desde esa inserción en el pueblo, desde esas comunidades cristianas se han gestado en estos años iniciativas de apoyo y solidaridad de muy diverso tipo: ollas comunes, visitas a presos y familias, colectas, propagandización de problemas obreros a menudo distorsionados o acallados, campañas de firmas para presionar a las autoridades gubernamentales, acogida a huelguistas de hambre luchando por su reposición, etc. La Comisión Episcopal de Acción Social y varios obispos han tomado parte activa especialmente en defensa de los despedidos en una línea de servicio a los derechos del pobre. Hay que señalar también las celebraciones eucarísticas que muchas veces se realizan alrededor de esas ocasiones; ellas cobran una dimensión espiritual especial por ser vividas desde una auténtica experiencia pasional. Todas éstas son expresiones diversas de una iglesia que crece y actúa desde la fe de los pobres. Que se va comprendien-



En una época de mucho sufrimiento del pueblo, de intensa movilización y de represión, se gestan iniciativas de solidaridad y apoyo, tanto desde las comunidades de base como desde la jerarquía de la Iglesia.



“En los Pueblos Jóvenes. . . se empieza a gestar una rica vivencia eclesial a partir de la fe de los pobres en las condiciones concretas de su vida: sufrimiento y lucha por sus derechos”

do ella misma en ese proceso y que, haciéndose pueblo, anuncia mejor su mensaje (7).

Los sucesos internacionales como la lucha y liberación de Nicaragua y el heroico actuar del pueblo salvadoreño, han tenido y tienen también un impacto grande en la conciencia obrera y popular. Crece el sentimiento de solidaridad y la esperanza. Animan para continuar en la brega a pesar de la dureza de la situación. Y dentro de ese proceso, la presencia activa y valiente de los cristianos, el testimonio de Mons. Romero, son un signo evangelizador reconocido por todos. A través de ellos los hechos locales adquieren una dimensión más grande, se comprenden como parte del proceso de toda la iglesia que en nuestros diversos países hace esfuerzos sinceros por comprometerse, en fidelidad a Cristo, con la difícil y conflictiva problemática popular. Muchos cristianos a partir de esos ejemplos quedan positivamente cuestionados en la manera de vivir su fe, entran en un servicio más real y solidario como expresión de la caridad. Se crean también condiciones para que caigan prejuicios y barreras contra lo cristiano. Se empieza a valorar la dimensión de fe en el pueblo. Nunca antes en América Latina se había notado la fuerza evangelizadora de una iglesia comprometida, desde más allá de las fronteras de cada país.

III. CONCLUSION: UN CAMINO POR DELANTE

Los párrafos anteriores han tratado de trazar en líneas gruesas las características del itinerario recorrido en estos años. La interrelación de la iglesia y del mundo obrero se ha ido dando al mismo tiempo que ambos se fortalecían y crecían en cantidad y calidad. Las distancias han empezado a acortarse; sin embargo, no nos engañemos, todavía hay mucho camino por delante. Los ejemplos anotados indican, es verdad, experiencias y avances a partir de momentos álgidos cuyo sentido e implicancias aún quedan por profundizar. Es cierto también que sectores del mundo obrero han ido encontrando aquí y allá, como lo hemos visto, inicios de vida eclesial y solidaria; algunos inclusive forman parte de las comunidades cristianas donde su religiosidad adquiere contenido más preciso y se convierte en factor de cambio. No obstante una gran masa obrera todavía ignora el nuevo proceso eclesial. Vive aún una fe separada y a veces contrapuesta a las exigencias solidarias de la clase obrera. Muchos, manteniendo individualmente una sensibilidad creyente, son profundamente desconfiados de la institución eclesial desde la vida y tradición sindicales. Otros, finalmente, la re-

chazan como contrapuesta a los intereses obreros. Queda pues aún una tarea ardua para construir una iglesia significativa para una clase obrera como la nuestra. En los párrafos anteriores hemos adelantado algunos elementos. Quisiéramos como conclusión recogerlos proponiendo algunos criterios y pistas de acción.

1. Hay una primera constatación. Nuestra labor pastoral está predominantemente centrada, a través de la parroquia, en la problemática barrial. Esta es una dimensión básica de la vida del pueblo que no debe ser descuidada, pero si se la privilegia con respecto de otros aspectos como los laborales, sindicales, políticos, podemos mantener una dicotomía en el pueblo, o al menos no trabajar los niveles donde el obrero se forja como agente de cambio social. Dada la importancia del sector obrero en el país como principal productor de riqueza y por sus posibilidades de desarrollo en conciencia y organización popular; dado además el hecho que lo barrial en este contexto, como hemos visto más arriba, está desde hace unos años tan marcado por lo obrero, una pastoral barrial no puede pensarse sino unitariamente con una pastoral obrera. Una opción por los pobres en países como el nuestro debe pasar también por una opción por la clase obrera, so pena de perder fuerza y proyección histórica. Eso exige revisar prioridades de acción, precisar contenidos, ampliar sectores donde la iglesia debe hacer presente su mensaje.

2. Aquí cobra una relevancia particular la dimensión del signo o gesto eclesial, es decir de los hechos y palabras a través de los cuales la iglesia se encarna y se sitúa concretamente en la sociedad. En los últimos años, tanto a nivel nacional como internacional hemos ido descubriendo la importancia pastoral y teológica de esta dimensión. En suma, es en este terreno donde se juega la imagen de la iglesia, donde se hacen visibles sus opciones y donde aparece la coherencia de su actuar con respecto de su misión. Consecuentemente es la condición a partir de la cual su mensaje adquiere credibilidad para los pobres y para toda persona que rechaza la injusticia reinante y se compromete a construir un orden distinto. Lo que se espera de la iglesia no es una actitud subordinada a los poderes y a los intereses que ellos representan sino una actitud evangélica que desde su opción fundamental juzgue la realidad sin neutralidad (8).

Para la clase obrera y los sectores populares el contenido de este gesto, para ser comprensible y aceptable, es el de la solidaridad activa y fraterna como expresión de la caridad. Porque ella significa identificación con la problemática del que sufre violencia, y acción conjunta hacia una auténtica liberación. Ahí se ve a la iglesia cercana, signo comprensible del evangelio, aliento y Buena Nueva. De otra manera, su imagen se desvirtúa, no se la descubre en su misión propia; escandaliza o, a lo más, quedando como algo exterior, se la toma como institución utilizable por su fuerza social.

La fe de nuestro pueblo puede volverse fuerza mística con eficacia histórica.



no como comunidad que alimenta la mística de un pueblo en marcha.

Pero además, una pastoral del gesto —como lo es la toma de posición concreta y profética de la iglesia en la sociedad— logra dar contexto, contenido y dimensión histórica a las diferentes actividades pastorales y de servicio que se realizan. Tareas aparentemente humildes del actuar pastoral —por ejemplo la catequesis, la formación de grupos— o servicios de apoyo —capacitación, defensa de los derechos humanos, mediación— se comprenden de muy distinta manera sea que broten de una posición solidaria o no. En el primer caso despliegan su valor transformador y su incidencia en el cambio, en el segundo, quedan como mera actividad intraeclesial, como actitud paternalista al servicio, finalmente, del sistema establecido.

Por último el gesto eclesial solidario tiene valor de convocación. Abre corazones y hace descubrir el evangelio como elemento enriquecedor de la vida de un pueblo, a Jesucristo como el Señor. Anima en la lucha por construir fraternidad, da fuerzas para continuar el duro camino y alienta la esperanza activa. Lo vemos a lo largo y ancho de América Latina: un pueblo surge con más fuerza y calidad humana cuando la iglesia a la que se adhiere opta por su causa. A su vez la iglesia se vuelve más auténtica cuando, por sus opciones, atrae y logra que los pobres formen parte activa de su vida, anunciadores privilegiados del evangelio.

3. Aquí es preciso referirnos a las comunidades cristianas. La masa obrera, en efecto, es mayoritariamente creyente como todo nuestro pueblo, pero vive esta dimensión a un nivel individual, en gran parte divorciada de los retos que le plantea a diario la vida y el movimiento obrero. Ahora bien, en un proceso de despertar como el que estamos viviendo, la fe debe ser, por su contenido mismo, un factor de afirmación, de fuerza, de esperanza activa en las promesas del Reino. En todos nuestros países estamos viendo cómo la fe de nuestro pueblo, cuando se la relaciona vitalmente con su anhelo de plenitud, se vuelve fuerza mística con eficacia histórica. La clase obrera, en su lucha sindical y política merece encontrar la riqueza de esa integración. La acción múltiple de una iglesia significativamente inserta en el conjunto de la vida proletaria contribuye a esta síntesis. Parroquias, medios de comunicación, testimonios, servicios, etc. constituyen las diferentes mediaciones de este proceso. Entre ellas, las comunidades cristianas están llamadas a ser las instancias privilegiadas donde el pueblo se hace parte activa de la comunidad eclesial. La experiencia muestra cómo en ellas se

“La interrelación de la iglesia y del mundo obrero se ha ido dando al mismo tiempo que ambos se fortalecían y crecían en cantidad y calidad. Las distancias han empezado a acortarse; sin embargo no nos engañemos, todavía hay mucho camino por delante”

profundiza la fe relacionándola con la problemática obrera y popular. Son instancias de unificación del alma popular. Espacio fraterno y solidario donde se trabaja comunitariamente la ética del Reino, las exigencias del hombre nuevo en el hoy del movimiento obrero. Por su constitución misma son a la vez experiencia y signo de la novedad que se postula. Las comunidades cristianas, lejos de separar a sus miembros del movimiento popular, les dan el apoyo y la motivación profunda para entrar con calidad en él. Por ello mismo son experiencia de iglesia en el sentido pleno de la palabra: instancia de profundización

humana integral proyectada en servicio y compromiso militante. Portadores de las angustias y aspiraciones del pueblo, parte del pueblo ellas mismas, son las que pueden anunciar en mejores térmi-

nos, desde dentro, la Buena Nueva a sus compañeros. Lo hacen a través del testimonio personal de sus miembros como a través de gestos proféticos de solidaridad. El testimonio se refiere a la integridad personal y familiar del militante obrero, la coherencia y honestidad en el compromiso, la disciplina en la organización, la solidaridad individual y colectiva, la sencillez fraterna, la alegría profunda; valores éstos que la clase obrera aprecia por su densidad humana y por su potencial revolucionario. Lo harán también comunitariamente a través de múltiples gestos de solidaridad con las luchas obreras que, por ser hechos de pobre a pobre, tienen carácter propio por su horizontalidad militante. De hecho contribuyen desde su propio ser a ampliar la corriente colectiva que apunta hacia la unificación desde las bases de los diferentes sectores explotados: los refuerza. Y asimismo ayudan al conjunto eclesial a ser de manera más auténtica y en clave de pobres, signo profético de la fuerza del Reino en el hoy de los sectores obreros.

Desde el período pre-electoral el movimiento obrero pasa por una etapa de difícil reflujo. En un contexto donde se acentúa una política anti-obrera existe un cierto entrapamiento en sus organizaciones, que les resta fuerza. No logran superar los obstáculos hacia una centralización ni un estilo vertical que se relaciona mal con la base. Es período de difícil maduración. Por su parte la iglesia avanza —no sin tensiones— hacia una mayor coherencia con sus opciones. El reto está para ella en desarrollar en forma permanente los gérmenes de la relación fecunda que en estos últimos años ha empezado a tener con la clase obrera.

NOTAS:

- (1) Cfr. Roger Aubert, “Pío IX y su época”, colección de Historia de la Iglesia, Fliche et Martin; edición española, Edicap, 1974.
- (2) Ver por ejemplo el “Documento de los movimientos de apostolado laico del Perú con ocasión de la Asamblea Episcopal de Medellín”, en Signos de Renovación, p. 171, Lima, 1969.
- (3) La Juventud Obrera Católica y el Movimiento de Trabajadores Cristianos tuvieron un papel importante en esta sensibilización organizando jornadas periódicas para asesores. Luego el Arzobispado de Lima realizó las Semanas de Pastoral Barrial.
- (4) Para los datos sobre el mundo obrero se ha consultado sobre todo Denis Sulmont, Historia del Movimiento Obrero Peruano

1890-1977, Tarea, Lima, 1977.

- (5) En términos generales el 30 o/o de la población barrial es obrera en la producción. Pero dada la gran movilidad ocupacional dependiente de los momentos del ciclo económico —expansión, estabilización o recesión— muchos obreros pasan de la estabilidad al subempleo. Eso hace que muchos pobladores hayan tenido experiencia obrera y sindical. Es también frecuente ver a dirigentes sindicales de importancia como dirigentes barriales.
- (6) Sindicato de Cromotex, Compañeros tomen nuestra sangre, Lima, 1981.
- (7) Ver folleto: La lucha de los despedidos, Lima, Cep, 1978.
- (8) Ver el artículo de Catalina Romero, “Nuevas relaciones Iglesia-Estado” en Páginas, Vol. VI, No. 36-37, mayo 1981.